

BIBLIOGRAFIA COSTARRICENSE

CORDERO, JOSE ABDULIO, *El ser de la nacionalidad costarricense*, Madrid, Ed. Tridente, 1964, pp. 179.

La Editorial Tridente de Madrid, que el año pasado publicó las "Lecciones de Filosofía del Derecho" de Carlos José Gutiérrez, publica ahora otra obra de autor costarricense. El autor es José Abdulio Cordero, y el libro se titula *EL SER DE LA NACIONALIDAD COSTARRICENSE*.

El título, con ser ambicioso, no da, sin embargo, plena razón de la obra, que va más allá del tema enunciado. Porque si bien Cordero inicia el libro con una búsqueda de lo que él llama "vigencias", que dan sentido y personalidad a nuestro ser nacional, y las establece al través de una inteligente indagación del hombre de la colonia, el resto de la obra deja de ser análisis sociofilosófico, para dedicarse a aplicar las premisas alcanzadas, a determinados hechos de la historia; y ser entonces un estudio histórico de considerables dimensiones sobre los días de la independencia, la guerra contra los filibusteros y, principalmente, el liberalismo y los liberales de la década de 1880.

Las "vigencias" básicas que Cordero encuentra en el hombre de la colonia, y presenta como prolongadas a lo largo de la historia, son tres: el sentido conservador, el sentimiento de propiedad y el amor a la libertad. Estas tres se conjugan en un espíritu profundamente democrático, con características ancestrales hispánicas y católicas, que repudian toda influencia externa.

Aplicada esa premisa al período liberal 1882-1890, Cordero produce un ensayo histórico fuertemente polémico escrito con convicción y soltura, que es posiblemente de todo lo que contiene este libro, lo que más interés va a despertar.

Y es que en las otras épocas estudiadas, el libro se conforma más con lo que hasta la fecha ha sido "verdad sabida" de nuestra his-

toria. Sobre el tema de Independencia, Cordero se acoge casi totalmente a las conclusiones alcanzadas (fijadas diríamos) por Hernán Peralta, las cuales calzan perfectamente con las conclusiones a que el libro ha llegado sobre las características de la nacionalidad. (También coinciden con ellas otros estudios inéditos hechos desde el punto de vista marxista).

En cuanto a los hechos del 56, Cordero se acoge a la tesis de Enrique Macaya de que el patriotismo costarricense fue causa y no efecto de esa epopeya, contra la tesis de Eugenio Rodríguez Vega que sostiene lo contrario. El punto de vista de Cordero agrega, sin embargo, una concepción de hispanidad a la interpretación (lo hispano contra lo anglosajón); y algo también de sentimiento religioso a la decisión costarricense (Cordero da una importancia al elemento religioso en los hechos históricos, que posiblemente le sea discutida por la mayoría de los historiadores costarricenses, que no ven en el pueblo costarricense demasiada religiosidad).

Esta vivencia religiosa está presente en el largo capítulo que en "El Ser de la Nacionalidad Costarricense" se dedica a lo que nos hemos acostumbrado a llamar "la revolución liberal" de los ochentas; Cordero subraya la posición anti-religiosa de los pioneros liberales (Montúfar) y del estadista liberal que es el blanco de sus mayores ataques (Mauro Fernández).

Para Cordero, las medidas liberales de esa época fueron superpuestas, si no impuestas, a un pueblo religioso, sin que correspondieran a un sentimiento popular. Por lo tanto, fueron antidemocráticas; además, fueron demostración de intolerancia. Y al tomarlas los liberales negaron su ideología aunque no se negaron a sí mismos.

Luego hace un detallado análisis de la conducta de los liberales ante la rebelión política de noviembre de 1889, para concluir que en esa conducta hubo también elementos de insinceridad y de traición a los principios liberales proclamados. Este análisis se prolonga (aunque con menos prolijidad) a lo largo de todo el predominio liberal, hasta 1936 dijéramos, y también deduce que la conducta política de los próceres del liberalismo estuvo saturada de traiciones a sus principios.

Los ataques más certeros, los reserva Cordero para don Mauro Fernández. Tras encontrar mucho de positivo en él, en lo referente a su Ley de Educación Común y Reforma de la Segunda Enseñanza, entra a analizar los aspectos negativos de la clausura de la Universidad de Santo Tomás.

No encuentra el autor explicación al hecho "clausura, no reforma". Y concluye que la medida fue anti-liberal, por cuanto tuvo como consecuencia el cerrar los estudios superiores a los estudiantes de clase humilde, y dejarlos al alcance sólo de los favorecidos de la fortuna o de la política (sistema de becas). Resultado de esto es la formación de una oligarquía económico-política que domina al

país por espacio de cincuenta o sesenta años.

Esta interesantísima tesis, así como las demás que la longitud de una columna periodística no permite reseñar, están bien sustentadas y documentadas. El autor se enfrenta a una batería formidable de historiadores, cuyas conclusiones se propone refutar; entre ellos, Rafael Obregón Loría, Rodrigo Facio, Abelardo Bonilla e Isaac Felipe Azofeifa.

Es interesantísimo este libro, como estudio histórico fuertemente polémico, que arremete contra interpretaciones que habían pasado entre nosotros como axiomas históricos.

Además está escrito en una prosa enérgica, colorida, que muchas veces contiene original y viva adjetivación, y todo el tiempo pasión y convicción. Aun el lector que se sienta en la obligación de disentir tendrá que reconocer esta virtud. Y habrán de disentir todos quienes no compartan la posición fuertemente católica que adopta José Abdulio Cordero.

En todo caso, se trata de un libro importante. De un libro que hay que leer. Y que ojalá levante un gran polvorín, como lo merece.

Alberto F. Cañas

PACHECO, LEON, *El Hilo de Ariadna*, ed. Costa Rica, 1965, San José. 193 pp.

Si Emilio Boutroux recomendaba leer a Blas Pascal de rodillas, este bello libro del señor Pacheco, en cambio, es preciso leerlo en plena posesión del espíritu: he pensado en una condición, no en una sugerencia. Es un libro de grandes signos de interrogación, como los libros de memorias: espejos de sí mismos en los cuales se reflejan los colores luminosamente, esos increíbles colores de toda una vida. Pero el *Hilo de Ariadna*, sin ser y siendo no obstante a la vez un "libro de memorias" —se trata aquí de una especie extraña— es la biografía intelectual de un hombre. Unos autores, leídos y releídos, se hacen nuevos en cada nueva lectura. Y esa lectura recreadora es una toma de conciencia. ¡Al fin unas cuartillas, y un ensayo terriblemente profundo en los trazos sugerentes de la letra! De nuevo, entonces, hacia adelante, en busca de otros actos. Es como un largo peregrinaje en el que otros hombres se arrancan pequeños suspiros, pequeños sorbos de sus

cantimploras, silenciosas miradas de confianza, y fortifican el transitar sin remordimientos del viajero.

Los seis capítulos de esta obra (André Gide, Jean Cocteau, Paul Verlaine, Víctor Hugo, Miguel de Montaigne, Blas Pascal), escritos unos en París, otros en Costa Rica, a lo largo de muchos años (de 1926, 1927, 1944, 1955, 1961, 1962), permiten la contemplación de una historia particular transparente en otras historias particulares, del semblante del explorador en la caja eufónica de su hallazgo.

León Pacheco ha escrito libros. Ha escrito siempre. Ha vivido entre los libros y la pluma. Ha gastado muchas plumas. Desde muy joven, como secretario, en París, de Gómez Carrillo, o durante otros momentos en que ha participado de la amistad de Cocteau, de Camus, de Saint-Exupéry, de Malraux, o de Alfonso Reyes en América, ha escrito. Escribe hoy. Cuartillas y más cuartillas. Colaborador

incansable en importantes revistas. Es León Pacheco —la afirmación se desliza por sí sola— el auténtico escritor.

Pero este libro penetrante, escrito *sobre otros*, escrito sin pretensión de unidad, recoge sorpresivamente una visión total, casi intuitiva y providencial, de sí mismo. El *Hilo de Ariadna* no es un título a manera de velo, de ornamento. León Pacheco no es de esos escritores aglutinantes y abigarrados que también andan sueltos por el mundo. El hilo, robado a la mitología, ni siquiera denota influencia heideggeriana. Al contrario: es el camino invencible y misterioso de sus secretos, el sueño de su vida, ese sueño lúcido y profundo de sus propias inquietudes que a través de la inalienable temporalidad va hendiendo en mármol los instantes del martillo y del cincel. El hilo que orienta la obra, además de manifestarse bajo la forma de calendario, dirige el gusto insuperable y afanoso de la recreación. André Gide es el demonio de la inquietud: "para André Gide no existe ninguna obra definitiva ni ninguna inteligencia suficientemente alerta, ni ninguna experiencia humana que justifique, con plenitud y claridad, la existencia del bien y el mal, suprema obsesión del espíritu" (pág. 23). Y, si Gide es el demonio de la inquietud, Paul Verlaine es el poeta maldito, Montaigne el filósofo de la soledad, "el último de los pensadores antiguos y el primer filósofo de los tiempos modernos" (pág. 120), o Blas Pascal un místico rebelde, sorpresivo, que no es ni razón pura ni emoción pura, sino "la angustia misma en carne viva, que gime en un estilo único por su claridad nerviosa" (pág. 173), o Cocteau, un ángel cubista que refleja en excitaciones picassianas el ritmo del

verso francés, o Víctor Hugo, sombra señorial, el mayor lírico de Francia, que representa la leyenda de su patria... Cada uno de esos hombres, tomado en su implacable humanidad, cobra vida en la pluma elegante, tranquilamente dibujada, de León Pacheco. No estamos, pues, ante una simple revisión de cronista. Al señor Pacheco no le gustan las crónicas. Toma los secretos en su pureza natural, los esboza sigilosamente, y, ya elaborada, nos da una historia en una edición perfecta, sin erratas, en perpetua palpitación.

Lo que seduce de León Pacheco, en esta obra, es su poder de mostrarnos al Hombre. El Hombre es lo que uno busca, y León Pacheco desvela la vivencia humana en sus palabras. Es claro: se ha estudiado a sí mismo a través de esos otros hombres.

* * *

León Pacheco nació en 1900. Escuela Primaria y Secundaria en Costa Rica. Viajó a Europa en 1919, y se radicó en París. Estudió en la Facultad de Letras de la Sorbona. En 1932 regresó a Costa Rica. Profesor de Estética en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad. Profesor también en la Facultad de Filosofía y Letras, en las cátedras de Literaturas Hispanoamericanas y Francesa. En 1955, Embajador de Costa Rica en Francia. Hoy es miembro de la Academia Costarricense de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua. Ya jubilado, es Profesor Honorario de la Facultad de Ciencias y Letras.

Rafael Angel Herra

AGUILAR MACHADO, ALEJANDRO, *Su Voz En Mí*, San José, 1963.

El Profesor Alejandro Aguilar Machado ha reunido en un tomo, titulado *SU VOZ EN MÍ (LA INMORTALIDAD Y OTROS ENSAYOS)*, una nueva colección de los escritos de tono científico y filosófico que ha venido publicando en los últimos años en la prensa. Es ésta la tercera de esas recopilaciones, y la de mayor volumen.

El libro consta de cinco ensayos, en los que el tema de la inmortalidad y de la super-

vivencia personal —que tanto ha preocupado al autor en épocas recientes— se reitera.

Los tres primeros ensayos tienen un carácter netamente divulgativo. "La Inmortalidad" es un prolijo estudio de lo que pensadores y filósofos, desde la antigüedad hasta nuestros días, han escrito sobre el tema; todos los grandes filósofos han sostenido la existencia de un alma inmortal. El profesor Aguilar Machado antologiza sus pensamientos.

La tesis del ensayo podría ser: tantos grandes genios no pueden haber estado equivocados.

El segundo, "La Nueva Psicología" tiene el mismo sentido divulgativo del anterior, y explica la progresiva "espiritualización" de la psicología a la luz de recientes hallazgos y teorías.

"La Realidad del Alma" narra ciertos experimentos —realizados a nivel universitario en Estados Unidos, Francia y Argentina— sobre percepción extrasensorial y otras actividades relacionadas con ella. Estos tres ensayos, como dijimos arriba, son esencialmente informativos.

Los dos ensayos restantes tienen otro carácter: son expresiones personales del autor, y por ello su interés rebasa lo puramente informativo. Ya el Profesor Aguilar Machado no explica a los lectores lo que ocurre en nuestros días en determinados campos de la investigación y de la cultura, sino que habla él mismo.

Pero estos dos ensayos de filosofía personal son consecuencia de los tres anteriores. Es

como si estos tres iniciales constituyeron la base de los que siguen.

Se titulan "La Lección del Dolor" y "Conceptos de la Felicidad". Ambos —principalmente el primero— son ricos en experiencia y en sabiduría. El primero pareciera resumir con superior serenidad, toda la experiencia vital del autor, que la entrega a los lectores como consuelo y —tal vez sin proponérselo— como norma también. Ambos son de elevado y contemplativo pensamiento. En el primero, sobre el dolor, el autor rechaza la clásica tesis estoica, e igualmente el enfoque existencialista. El dolor —parece concluir— es una experiencia formativa y un impulso hacia la creación, que es la forma superior de la auto-realización.

Este breve ensayo —bien complementado por el que le sigue sobre la felicidad— bien vale el libro.

Alberto F. Cañas

LASCARIS C., CONSTANTINO, *Desarrollo de las Ideas Filosóficas en Costa Rica*, San José, Editorial Costa Rica, 1965, pp. 623.

De lectura obligada para todo el que en adelante quiera emprender un estudio sobre cualquier aspecto de la vida intelectual, social, o política de C. R., este libro está destinado a convertirse en obra clásica sobre el tema. En todo caso, por el asunto tratado, por la extensión y la profundidad, resulta ser única.

Llama la atención la extensa bibliografía que se añade en cada capítulo y en cada aparte del libro. Desde este punto de vista constituye una ayuda inapreciable para el investigador.

Como el título lo indica, presenta la historia del desarrollo de las ideas filosóficas en C. R. Resulta explicable que no sea estrictamente una obra de historia de la filosofía sino más bien una historia de la vida intelectual que, poco a poco, se concreta en vida filosófica, en el sentido técnico del término Filosofía.

La importancia del tema, con relación a la evolución cultural del país, se comprende a la luz de una de las primeras afirmaciones del autor: Costa Rica tiene una vocación intelectual dominante que se trasluce en toda

la vida social. Una historia del quehacer intelectual de Costa Rica refleja por lo tanto, mucho más de lo que podría esperarse.

Comienza el desarrollo con un panorama de la provincia de Costa Rica hasta el año 1800. "Si no de Filosofía —dice Láscaris— tampoco de nivel cultural podemos hablar en esta época" (p. 18).

Sin embargo presenta una excepción a este panorama: la figura de José Antonio Liendo y Goicoechea, franciscano costarricense que fue profesor de Teología, Filosofía, Física y Matemáticas en la Universidad de San Carlos de Guatemala.

Lleva adelante la caracterización general hasta la primera mitad del siglo XIX en la que destaca a Florencio del Castillo para entrar al análisis de la vida intelectual de la Costa Rica independiente, en el aparte titulado "De la Independencia a la Soberanía" (1821-1848). Se refiere de manera especial a la Casa de Enseñanza Pública fundada por el Ayuntamiento de San José a principios de siglo, y que en 1843 se transformó en la Universidad de Santo Tomás. Para el autor,

el decreto de fundación de la Universidad es el acontecimiento cultural decisivo que marca una nueva etapa en la vida del país, más importante que la declaración de soberanía misma, que en 1848 no hizo más que ratificar una situación de hecho y que era eco de la declaración de soberanía de Guatemala.

Presenta toda esta época como el afianzamiento de principios ilustrados y liberales. Hace resaltar, especialmente, la figura del primer profesor de Filosofía, el Bachiller Rafael Francisco Osejo, republicano, que frente a la clase alta "sostuvo que el Gobierno debía prevenir de elección del pueblo" (p. 56). Gracias a él, según el autor, un periódico guatemalteco habló en la época del espíritu verdaderamente filosófico que dirige las reformas e instituciones de Costa Rica. Frente a Osejo destaca a José Santos Lombardo y como el principal liberal del período, a Víctor de la Guardia. Concluye con un estudio sobre José Toribio Argüello que ocupó la Cátedra de Filosofía de la Casa de Enseñanza y propuso un plan para reformarla.

Los temas señalados ocupan las dos primeras partes del libro. La tercera: "Costa Rica en la Segunda mitad del Siglo XIX" comienza también con una caracterización general que lleva, en este caso, hasta el año 1902. Es el momento de la "estructuración del Estado". Como consecuencia del aislamiento surge la necesidad de fortalecer la cosa pública, que deviene en un proceso híbrido de centralismo y liberalismo. El primero de origen constitucional por imitación de la Constitución Norteamericana y el segundo por reacción al regalismo y confesionalismo de Estado de la Colonia. Las dos orientaciones convergentes y contradictorias desembocan, según el autor, en la real imitación del estatismo liberal francés, realizado en gran parte a finales del siglo. A través de las relaciones jurídicas de la Iglesia y el Estado, fruto de las tensiones ideológicas, y de la actitud del Estado respecto a la enseñanza, se va mostrando el proceso aludido. Parte importante de esta tarea la cumple el autor analizando la evolución constitucional del país, sin descuidar otros aspectos de su evolución jurídica.

Debido a que los estudios de Filosofía, sin tener todavía un nivel propiamente universitario, se intensifican en la segunda mitad del siglo, les dedica un aparte de indudable importancia, que resulta en definitiva un análisis de la educación en general y un completo

estudio de la Universidad de Santo Tomás. Hace ver "que los hechos nos muestran el cruce, violento, de dos procesos distintos: el intento de desarrollo de la Universidad, y la poderosa aparición desde mediados del siglo de una clase media que requiere una enseñanza media no satisfecha por la Universidad" (p. 90). Esta situación culmina con la supresión de la Universidad.

La relación histórica de la Universidad va desde la Casa de Enseñanza Pública hasta las dificultades, de "consecuencias fatales para la cultura del país" (p. 102), que tuvo ésta con el Gobierno poco antes de su clausura. Se completa el estudio con referencias sobre los grados que otorgaba, las Cátedras Departamentales que, a imitación del régimen francés, se impusieron, para concluir con una exposición de la enseñanza de la Filosofía en los Institutos Secundarios y en el Seminario. Si se hubiera mantenido una Facultad de Filosofía con la misión de preparar profesores para la enseñanza secundaria, es posible según el autor que se habrían superado muchos de los problemas de la educación costarricense: en todo caso, como lo señala en los últimos capítulos del libro, la ausencia de Universidad que "fue vivida como dolorosa para todos intelectuales de prestigio del país" (p. 579), resultó funesta para los estudios de Filosofía y permitió que el país desaprovechara la mayor parte de la energía mental de muchos de sus intelectuales.

El resto de la tercera parte lo dedica a exponer el pensamiento de las principales figuras de la primera mitad del siglo, con arreglo a una clasificación en cuatro corrientes: Liberales Ilustrados (Nazario Toledo, Nicolás Gallegos, Bruno Carranza y Lorenzo Montúfar); Doctrinarios Católicos (Domingo Rivas, Bernardo Augusto Thiel y Juan de Dios Trejos); Positivistas (Máximo Jerez, Mauro Fernández, Antonio Zambrana y José Torres Bonet); Krausistas (Valeriano Fernández Ferraz, Juan Fernández Ferraz, José Ma. Céspedes y Salvador Jiménez). Desde la perspectiva histórica generalizada en Costa Rica resultan novedosas por la importancia que les confiere el autor, las figuras de Máximo Jerez y Bruno Carranza y de Víctor de la Guardia en la primera mitad del siglo.

Con relación al liberalismo afirma Lás-caris: "Desde el momento de la Independencia, el liberalismo se hace atmósfera general del país. Con la sola excepción de los 'doc-

trinarios' Rivas, Thiel y Juan de Dios Trejos, todos los intelectuales adoptan en el XIX una tesis liberal, y los políticos, todos incluso el General Guardia, mantienen una actitud liberal". "Por otra parte, es de señalar una duplicidad en la interpretación periodística del liberalismo. En cuanto ambiente general, pasa por liberalismo el espontáneo individualismo costarricense, en frecuente fricción con el intento de los liberales intelectuales de fortalecer un Estado casi inexistente. Por ello, en general, es la actitud del liberalismo francés, estatista, la que domina a lo largo del XIX como aspiración" (p. 125). En la exposición de los autores debemos subrayar la importancia de los estudios dedicados a José María Castro Madriz, "que tiene para Costa Rica la importancia de haber influido en la estructura del Estado configurándolo en sentido moderno" (p. 134), y a Lorenzo Montúfar, figura arquetípica que encarnó en Centro América al liberal aconfesional. Dice, del primero, que dos decisiones singulares lo presentan como iniciador de una nueva época: la fundación de la Universidad (1843) y la declaración de la soberanía del Estado (1848).

Bajo el término "doctrinarios católicos" clasifica a los pensadores que escribieron movidos por causas confesionales sin que, en rigor, pueda calificarse de escolástico ni en Teología, ni en Filosofía a ningún pensador costarricense del siglo XIX. De muy baja formación a principios de siglo, en sus postimerías el Clero consigue que el privilegio con algunas figuras destacadas que se abocan al problema de la competencia de jurisdicción con el Estado. Surge así un conflicto, que se recoge en el libro a través de la exposición de los autores de todas las corrientes doctrinales, y de las observaciones generales que se hacen. Logra ofrecer una interesante información, sobre las tensiones entre la Iglesia y el Estado, que culminan en el año 84, con las reformas liberales y la expulsión del Obispo Thiel, vistas sobre su trasfondo doctrinal. No se omite tampoco la referencia cuidadosa al Partido Unión Católica y la notable orientación de carácter socialista que apunta en algunos escritos de Monseñor Thiel.

Refiriéndose al positivismo señala que quizá sea Costa Rica "el único país del continente en el que la entrada del positivismo no implicó cambios, siendo sin embargo más general su influencia. La 'ideología' de Dest-

tut de Tracy había preparado el ambiente, y el empirismo práctico del costarricense venía siendo ya, en cierta manera, pre-positivista" (p. 173). Destaca la influencia de Máximo Jerez, su predicador en Costa Rica, del que da una visión diferente de la que comúnmente se tiene. Hace resaltar, también, las enseñanzas de profesores de materias científicas, que lograron la divulgación del positivismo como maduración de un espíritu de investigación científica o enlazado con el materialismo. A pesar de que por esto no encontramos casi doctrinarios positivistas, "casi todos los intelectuales del país, desde el 1870, lo fueron básicamente" (pp. 173-174). Esto constituye el hecho más importante de fin de siglo.

De Mauro Fernández dice: "En conjunto, su obra fue constructiva. Y en lo que falló ésta, puede apreciarse que la responsabilidad fue general, como en el caso de la Universidad, o de la mayor parte de los continuadores, que no tuvieron empuje ni altura" (p. 189).

Son de especial mérito las páginas dedicadas a Antonio Zambrana, figura de notable influencia en tierra costarricense.

Ya desde el análisis de la educación que hace el autor al hablar de los estudios de Filosofía en la segunda mitad del siglo, había comenzado a referirse al krausismo y a la influencia de sus principales exponentes en la vida costarricense: los hermanos Fernández Ferraz. Esa influencia se muestra de manera especial en los planes de estudio. "Al no haber una tradición escolástica, ni siquiera unos 'hábitos' pedagógicos generalizados, el krausismo por obra de los Fernández Ferraz, en su aspecto pedagógico, será el basamento de la naciente enseñanza media costarricense" (p. 205). Por otra parte, gracias a ellos "la Metafísica krausista se transfundirá en Costa Rica en forma de racionalismo con sentido religioso, pero aconfesional" (p. 205).

De don Valeriano, el prototipo del sabio para los costarricenses, afirma: "escribió mucho, en todas circunstancias. No se preocupó de recogerlo, ni buscó resonancia fuera del país. Por ello, casi no es conocido fuera de Costa Rica; sin embargo, juzgando por la enjundia de sus escritos, su talla doctrinal la considero superior, por buscar un término de comparación, a Giner de los Ríos, que jugó en España un papel equivalente" (p. 208). Dedicó a este intelectual más páginas que a

cualquier otro autor de los que estudia del siglo XIX. Junto con su hermano, según se colige del libro, encarna un grado más en la madurez intelectual costarricense.

La cuarta parte del libro, "Costa Rica en el Siglo XX" varía la forma del enfoque. El encuentro con la filosofía hace al autor abandonar el desarrollo histórico para enfrentarnos de manera directa con las distintas corrientes que florecen en el país. En rigor, en las primeras partes del libro no se sigue un estricto sistema de exposición histórica, pero se guarda siempre el orden en las influencias que se suceden y, muchas veces, se sigue un desarrollo con fundamento en la evolución histórica, sobre todo en lo que respecta a las relaciones de la Iglesia y el Estado.

La clasificación general la hace con fundamento en el especial interés de los autores por un campo determinado de la Filosofía. Cuando son del caso, hace otras especificaciones con arreglo a la postura filosófica del autor estudiado. Así encontramos un importante capítulo destinado a las ideas políticas, donde se incluyen apartes para el Anarquismo, el Liberalismo, Socialcristianismo, Social-estatismo, Solidarismo y Marxismo.

La introducción con que inicia el capítulo, notable por la agudeza de las observaciones y la capacidad de síntesis, que muestra el autor, esboza con acertados rasgos la Costa Rica del tránsito de siglo y de los tiempos más recientes: Un Estado con estructura bien definida, de corte liberal, con una colectividad con conciencia cívica madura y una propiedad rústica muy repartida. Con relación a la decadencia intelectual de Costa Rica en la primera mitad del Siglo XX dice el autor: "sin embargo, hay que tener en cuenta un hecho, que no suele ser valorado suficientemente. Durante el período que va de 1888 a 1941, los hombres que llevan el peso del país son, de manera aplastante, o antiguos alumnos de la Universidad de Santo Tomás, o de la Escuela de Derecho que subsiste todos estos años. Y es precisamente la lenta disminución de los antiguos universitarios la que hace que el tono intelectual, en muchos aspectos, disminuya. El vacío provocado con el cierre de la Universidad se hace patente de manera grave desde 1920, pues se desarrolla de manera vertiginosa el "empirismo" en casi todas las profesiones" (p. 239).

El panorama se completa con un breve análisis de la estructura del Estado costarricense

en el Siglo XX, vista a través de sus constituciones y otros documentos jurídicos. Viene siendo la continuación del estudio que sobre el mismo tema en el siglo XIX, presenta al comienzo del capítulo III.

"Los años 1940, 1941 se suelen señalar como paso a una nueva época. Yo considero fundamental el 1941, en que se abre la Universidad Nacional como hito. Podrá parecer exagerado dar una tal importancia a un hecho cultural, pero en la historia de Costa Rica los hechos culturales son los únicos significantes" (pp. 237-238).

Dentro del capítulo sobre el anarquismo, con el que se inicia el tema de la Filosofía Política, destaca la influencia de Masferrer desde el siglo XIX quien, junto con Zambrana, dio a conocer el movimiento en el país. Por el pacifismo de los costarricenses el anarquismo se desarrolla dentro de la línea de Tolstoy, "el cual, aparte de Unamuno, es el escritor que más ha influido en Costa Rica" (p. 251). Encajó esta corriente en el individualismo costarricense y representó, según Láscaris, la reacción anticentralista frente a los liberales, que buscaban el fortalecimiento del Estado. Además de Masferrer, que fundó en 1885 el "Diario de Costa Rica", dedica varias páginas a Elías Jiménez, a García Monge, el costarricense de mayor prestigio continental durante toda la primera mitad del siglo XX, y a Omar Dengo, "verdadero creador de la 'mística del magisterio' costarricense que suele atribuirse a Mauro Fernández" (p. 226).

Dentro del liberalismo, en el siglo XX, se ocupa de Ricardo Jiménez, figura señera de la Costa Rica liberal patriarcalista que, "aunque no fue propiamente un pensador original, sí fue un expositor original del liberalismo político" (p. 269); de Cleto González Víquez, liberal de base positivista, prototipo de la última generación de abogados de la Universidad de Santo Tomás, que, junto con Ricardo Jiménez, incardina medio siglo de la política costarricense. A la par de ellos analiza las figuras de Juan Trejos, Hernán G. Peralta y Norberto Castro.

El socialcristianismo es encabezado por Jorge Volio, "la biografía más apasionante de Centro América" (p. 293), discípulo de Mercier, que inició el "reformismo" social. Dentro de la misma línea social-cristiana presenta a Monseñor Víctor Sanabria y al Presi-

dente Calderón Guardia, en cuya administración se promulgaron las leyes sociales.

Bajo el título de socialstatismo, aunque de hecho, según advertencia del autor, en Costa Rica no suele utilizarse esta palabra para denominar esa corriente de pensamiento político-económico, agrupa a aquellos intelectuales que tienen, como característica más importante, la de considerar necesaria la planificación de la economía desde el Estado. Afirman también la "función social de la propiedad privada", en lo que no se distinguen de los reformistas, los social-cristianos y los marxistas. Interesantes resultan, por la vigencia que aún tienen en la vida nacional, los estudios dedicados a Figueres y a Alfonso Carro y digno de mención el dedicado a Rodrigo Facio, Rector por varios años que "entregó su vida a la maduración de la Universidad Nacional, la cual le debe su Ciudad Universitaria y la realización de la Reforma de 1957" (p. 323).

Sigue, a continuación del socialstatismo la exposición del solidarismo, doctrina político-económica que propugna la capitalización universal, y de Alberto Martén, su fundador y principal difusor. Concluye la exposición de la Filosofía Política con un análisis del marxismo y de su representante más destacado, Manuel Mora, quien, para Láscaris, "da más la impresión de un intelectual que de un político" (p. 341).

Reúne bajo el título "Filosofía General" a aquellos pensadores que en sus escritos han tratado en conjunto, o por etapas, los distintos campos de la Filosofía. No los clasifica por escuelas o tendencias, con la sola excepción de los neoescolásticos entre los que incluye a Claudio María Volio, al mismo Jorge Volio y a Ligia Herrera.

El primer pensador de que nos habla, en esta parte del libro dedicada a la Filosofía General, es Roberto Brenes Mesén, "El cerebro más poderoso y el escritor de mayor calidad, como prosista y como poeta, que ha producido Costa Rica, y, sin duda, una de las figuras señeras del Continente" (p. 350). Según el autor, Brenes Mesén significa la plena vigencia del siglo XX, no ya como aspiración o eco, sino como creación. Su estudio lo inicia con una de las afirmaciones que más han llamado la atención: "Rafael Osejo, José María Castro y Roberto Brenes Mesén han sido los tres hombres de más decisivo influjo en la evolución del país" (p. 350).

Nos presenta un autor que, después de superar el positivismo de tipo materialista, pasa a ser, por sus vivencias ante la naturaleza y por su actitud filosófica, un pagano. "Este paganismo es platónico. Platónico *more* 'Banquete', con bastante de aplíneo y mucho de dionisiaco. Pleno de exaltación intelectual, y latiendo siempre un filantropismo exigente. Todo ello, inmerso en un espiritualismo profundo" (p. 355).

Moisés Vincenzi es hasta hoy, según el autor, juzgando el conjunto de su obra impresa, "el filósofo más maduro, completo y original que ha producido Centro América" (p. 362). El examen que nos presenta de su pensamiento es completo y logra reflejar de manera plena la personalidad y el pensamiento de este distinguido escritor y pensador costarricense. Lo mismo podemos decir de las páginas dedicadas a Abelardo Bonilla quien encarna "la presencia en la política nacional de la figura intelectual" (p. 379).

La personalidad de Alexander F. Skutch, un norteamericano que vive retirado, hace más de treinta años, en el Valle de El General, al extremo sur del país, resulta sorprendente. Conocido por su obra científica, en el campo de la Ornitología, se nos revela en el libro de Láscaris como poseedor de una profunda sensibilidad filosófica. Incluye, el libro, un artículo de este autor, titulado "La Filosofía de la lealtad cósmica", que resume su pensamiento.

En el aparte destinado a analizar la vigorosa figura intelectual de Teodoro Olarte, resulta notable el resumen de su pensamiento que nos presenta en once puntos y que confirman la afirmación hecha por el autor de que "posee una mente rigurosamente metafísica" (p. 400). Concluye el capítulo destinado a la Filosofía General, analizando a Claudio Gutiérrez, el pensador costarricense que "ofrece la paradoja de ser un marceliano logicista". (p. 408).

Varias veces, desde la introducción del libro, el autor hace énfasis en la característica del pueblo costarricense de tener un sentido colectivo social y no histórico, consecuencia, según Láscaris, de la paz que ha vivido siempre el país. "Costa Rica es un país sin historia, —dice el autor— lo que ha hecho que no se manifieste una problemática filosófica de la historia. En su lugar, se aprecia un amplio desarrollo de la filosofía social" (p. 423). Bajo esta denominación clasifica a va-

rios de los más distinguidos intelectuales costarricenses: Rómulo Tovar, Mario Sancho, Enrique Macaya, Alejandro Aguilar Machado y Luis Barahona. Después de estudiarlos, concluye el capítulo con una reseña de las publicaciones que, sobre sociología costarricense, se han hecho, donde se refiere no a la sociología científica, "pues por científica no es filosofía", sino a los ensayos de caracterología nacional.

La Etica es para Láscaris la disciplina filosófica menos representada en la filosofía costarricense. En el siglo XIX, salvo las Lecciones de Etica de Gallegos, no ha encontrado nada más propiamente doctrinal; en el XX aparecen publicaciones sobre temas de moral profesional y señala como de importancia los nombres de Claudio González Rucavado, Moisés Vincenzi, A. Skutch, Pablo Luros y Víctor Brenes, catedrático de Etica en la Universidad al que destaca de manera principal.

A pesar de que, dentro de la estética únicamente estudia a Rogelio Sotela, Max Jiménez, Rafael Estrada, Francisco Amighetti, Alfredo Cardona y Ricardo Ulloa, debemos señalar, como el autor mismo lo advierte, que en capítulos anteriores ha analizado la obra de escritores de Estética y Filosofía del Arte. Tal es el caso de Zambrana, Brenes Mesén, Abelardo Bojilla, Vincenzi y Enrique Macaya.

Junto al capítulo de la Estética aparece otro titulado "La Filosofía Poética". Por Filosofía poética el autor entiende, "la expresión de una concepción del mundo, de índole intuitiva aunque abstracta. En lugar de desarrollarse mediante el pensamiento discursivo, plasma intuiciones esenciales mediante un lenguaje bello". La mayor parte del capítulo es dedicada a Fernando Centeno Güell, que "corresponde a una actitud esencialista descriptiva, pero ceñida a la existencia humana" (p. 481). Al terminar, aparece un pequeño estudio sobre Manuel Picado.

Los capítulos que siguen, "Teoría de la Ciencia" "Filosofía del Derecho" "Psicología", "Filosofía de la Educación", no difieren en lo que al sistema de exposición y la calidad se refiere. Es indudable sin embargo que no se encuentran aquí tantas figuras brillantes como en los anteriores. La parte destinada a Teoría de la Ciencia comienza con una exposición de la situación general, que se entronca con el comienzo de la difusión del materialismo en el siglo XIX y se analizan

las figuras de Clodomiro Picado, Luis González y Antonio Balli para concluir refiriéndose al prestigioso pensador español Roberto Saumells, que ha tenido una fecunda labor de docencia y de especulación en Costa Rica. En lo que a la Filosofía del Derecho respecta el panorama general llega a constituir una historia de la cátedra de esa disciplina desde la Universidad de Santo Tomás en adelante y ahonda incluso en algunos aspectos del enfoque y el concepto de derecho que se ha tenido en la Facultad correspondiente. Al terminar se muestran aspectos doctrinales interesantes de la legislación costarricense en lo relativo a la pena de muerte y su supresión y al régimen penal. El autor más extensamente tratado es Carlos José Gutiérrez, primer profesor de la Cátedra de Filosofía del Derecho que se ha dedicado de manera continuada a esta disciplina.

La Psicología en Costa Rica ofrece, para el autor, la paradoja "de ir perdiendo calidad docente precisamente a medida que gana en nivel de investigación" (p. 541).

La introducción al capítulo se polariza fundamentalmente en una historia de su enseñanza vista desde los principales nombres de los profesores de la materia. Agrega también, una lista de los textos de Psicología que se han publicado. El resto del estudio gira en torno a los nombres de Francisco Cordero Quirós, Juan Trejos, Mariano Coronado y Lilia Ramos, para concluir con una referencia a la Psicología en la Universidad.

El último grupo de pensadores costarricenses que se presenta como tal es el de los que se han preocupado por la Filosofía de la Educación. La situación general en gran parte reitera hechos antes afirmados y cita ideas y nombres conocidos ya para el lector. Se destaca de una manera especial a Luis Felipe González, autor de los mejores estudios de historia educativa y se completa el panorama con las figuras de Emma Gamboa e Isaac Felipe Azofeifa.

La última parte del libro es consagrada a los estudios de Filosofía. Sucesivamente se nos habla de la enseñanza de la Filosofía en la primera parte del siglo XX hasta 1941, de la Universidad de Costa Rica en su trayectoria hasta la actualidad. Concede atención especial a la Facultad de Filosofía y Letras que funcionó desde 1941 a 1956 y al Departamento de Filosofía que a partir de 1957 funciona en la Facultad Central de Ciencias y

Letras. La última parte del capítulo la dedica a la Cátedra de Filosofía del Departamento de Estudios Generales, a los estudios de Filosofía en el Seminario Central y en la Enseñanza Media y Normal. Termina el libro con una referencia a la vida filosófica de Costa Rica en la actualidad.

De todo este último capítulo es quizá la parte de más interés la que encabeza el estudio sobre la Universidad y que titula "La ausencia de Universidad" (1888-1941). El asunto tratado aparece muchas veces en el transcurso de esta obra al tratar distintos pensadores y en las referencias generales. Precisamente por ser una de las tesis fundamentales del libro la de la importancia fundamental de los acontecimientos culturales y la vida intelectual en el país, el autor concede en todo momento una importancia preponderante a la Universidad. Su presencia y su ausencia constituyen, por lo tanto, factores decisivos en la historia de este pequeño país, que comenzó siendo un conjunto de clanes insolidarios, formados por montañeses de país lluvioso.

La obra resulta de una envergadura insospechable y el emprenderla, antes de demostrarlo con los hechos, parecía imposible. Su aparición ha sido calificada por Alberto Cañas como el "acontecimiento editorial más importante de este año" en Costa Rica. Nosotros nos atrevemos a calificarla del acontecimiento cultural más importante de los últimos

tiempos, pues representa un avance inapreciable en la toma de conciencia del costarricense sobre su propia cultura y sobre su propia reflexión, hecha, paradójicamente, por alguien que ha llegado de fuera. Si el pensamiento costarricense que descubre el autor no resulta absolutamente original y si parece —usando la frase de Alfredo Cardoña Peña— que los costarricenses "hemos barajado todas las ideas ajenas, sin atrevernos a plantear las propias", esto se debe fundamentalmente a que las ideas, la filosofía, no tienen nacionalidad.

Indiscutible resulta, porque el libro lo demuestra, que sí hay rasgos propios en la manera de barajar esas ideas de otros, y que la preocupación intelectual en el país en conjunto es de un ascenso continuado que nos hace esperar mucho en el futuro.

Para el extranjero, esta obra representa una fuente de información excelente. Al lector nacional, aparte de ayudarlo en el conocimiento de lo que los costarricenses hemos sido y somos, le plantea la necesidad de analizar la historia intelectual de Costa Rica con base en investigaciones serias como se ha hecho en este libro. No bastará en adelante el simple opinar por opinar, pues Láscaris, continuando la labor de costarricenses estudiosos, ha marcado en este sentido una ruta que en adelante no se puede torcer.

Francisco Antonio Pacheco